

Sócrates, ¡despiértanos!  
P. Fernando Pascual  
2-7-2010

Es verdad: Sócrates murió hace más de 24 siglos. Su alma se presentó ante el Dios en el que seguramente creía. Su voz humana, encarnada, hiriente pero sincera, no resuena ya en nuestras calles y plazas.

Pero de vez en cuando nos vendría muy bien encontrar, en el camino de la vida, algún hombre o mujer que, como Sócrates, nos sacase de nuestra modorra, nos arrancase de seguridades falsas, nos hiciera descender de globos vacíos de autoalabanza, nos arrastrase por caminos de reflexión que llevan hacia verdades auténticas.

A veces podemos vivir por días, meses y años con un engaño profundo, con una autoestima exagerada, que nos impide ver los propios defectos, los errores personales, las necesidades más urgentes de la propia alma. Si, además, recibimos aplausos y encontramos a nuestro alrededor personas que, seguramente con muy buena voluntad, reconocen nuestros “méritos”, nuestras realizaciones, nuestras cualidades, la ceguera puede llegar hasta tal punto que no somos capaces de reconocer el mucho barro que hay mezclado con lo poco que brilla y encandila.

Por eso, ese amigo, ese familiar, ese conocido, ese desconocido que un día nos recuerda que somos polvo, que un triunfo puntual (o una victoria más duradera) no decide lo eterno, que la verdad no se encuentra en los aplausos que nos aturden, que la mentira muchas veces se expande triunfadora en el mundo de la información y en cientos de páginas de internet, nos hace uno de los mayores favores del mundo: nos encara con la verdad, nos aparta del error.

Sócrates, es cierto, vive en otro mundo. Esperamos que la misericordia divina lo haya acogido en el Reino de los cielos, como también esperamos que esa misericordia nos alcance un día a nosotros. Pero el ejemplo de Sócrates vale para un mundo muchas veces obsesionado por triunfos aparentes y engañosos, hasta el punto de dejar de lado los valores del espíritu y de olvidar la honradez que, de verdad, vale la pena.

Por eso, más allá de la oración, excesivamente atrevida, de un Erasmo de Rotterdam que pedía: “San Sócrates, ruega por nosotros”, nosotros podemos pedir: Sócrates, ¡despiértanos! ¡Libra nuestros corazones de cualquier espejismo vano, de la autocomplacencia, de la adulación barata! ¡Apártanos de las seguridades vacías y de las adulaciones engañosas! ¡Introduce nuestras voluntades en el camino que lleva a la verdad, a la vida, al amor auténtico y eterno!